

Txema Montero

Hor dago koska!

(Deia, 19 de octubre de 2016).

En la madrugada del pasado día 15 tuvo lugar un altercado en el bar Koxka de Altsasu, localidad navarra que se hallaba en plenas fiestas, con el resultado de cuatro personas heridas o contusionadas: dos varones y dos mujeres. Los hombres resultaron ser un oficial y un suboficial de la Guardia Civil fuera de servicio y las mujeres que les acompañaban, sus novias. No queda constancia de alguna otra persona herida o lesionada. La Policía Foral navarra practicó dos detenciones, siendo puestos a disposición judicial los sujetos, quienes, tras declarar ante el juez, están siendo investigados por sendos delitos de atentado y lesiones. El juez decretó la libertad provisional de los mismos con obligación de comparecer semanalmente en el juzgado.

Los hechos descritos, que podrían ser calificados como una anecdótica crónica de sucesos, alcanzan en nuestro país la categoría de acontecimiento socio-político vistas las circunstancias de tiempo, lugar y personas intervinientes. Vecinos de una localidad recurrente objeto de noticias relacionadas con el radicalismo abertzale, guardias civiles que se sienten en un ambiente hostil, parroquianos festeros en horas en las que se dicen bastantes tonterías y se hacen más de una, sobre todo cuando la superioridad numérica es manifiesta. Y el quinto aniversario del cese definitivo de la violencia anunciado por ETA. ¿Casualidades de la vida o indicio de algo más profundo? Hor dago koska! ¡He ahí la cuestión!

En el proceso de educación sentimental, religiosa o política de cada cual intervienen muy eficazmente situaciones vividas, personas referenciales, canciones populares, lecturas instructivas o expresiones artísticas. Mantenemos recuerdos del primer amor; de la sensación de palpito desbocado cuando la primera comunión -eso de que Dios entrase en nuestro cuerpo no era fácil de digerir para un niño-; los mensajes de Gabon del lehendakari Aguirre, la lectura del *De Gernika a Nueva York, pasando por Berlín*; la visión de la película *Ama Lur* de Néstor Basterrechea, por citar algunos lugares de nuestra memoria. Para los que estábamos situados en el “cuadrante superior izquierdo”, tal era la posición que nos adjudicábamos, el alegato ante el tribunal militar de los condenados en el proceso de Burgos; el “¡Voló, voló, Carrero voló!” en las verbenas mientras se echaban los jerséis al aire; la lectura del *Vasconia* de Sarrailh de Ihartza (Federico Krutwig), sustituían, superaban a nuestro entender, lo viejo a lo que había que dar muerte; no otra cosa significaba Sarrailh: “Muerte a lo viejo”. En nuestra búsqueda de lo nuevo, prestábamos atención a todo lo que nos impresionaba y el cine acudió en nuestra ayuda.

Si les digo que una película búlgara del año 1972 ayudó a abrimos los ojos, comprendo que la mayoría de ustedes se quedarán boquiabiertos (e igualmente abiertos los ojos por la sorpresa). *Cuerno de cabra* era su título. Dirigida por Metodi Antóvov, obtuvo el premio de la crítica en el Festival de Karlovy Vary, antes Karlsbad -siempre Bohemia-, que era una réplica a *la soviética* del festival de Cannes. La película es excelente y su pase por televisión, donde ponen bodrios insoportables, casi siempre los mismos, tendría aceptación del público, pues cuenta con maestría una aparente historia tribal que luego resulta de más alcance. Sitúense en la Bulgaria del siglo XVII. Un pastor vuelve a su borda y halla el cuerpo de su esposa, violada y asesinada por un grupo de turcos, ocupantes de su país. Único testigo, la hija del pastor, a la que este se lleva en volandas buscando refugio en la montaña, donde la viste como un chico “pues la mujer poco puede hacer para defenderse en este mundo” y le adiestra en el uso de un arma mortífera, un cuerno de cabra, con el que dará rienda suelta a su venganza. La venganza comienza siendo personalísima, mata a los violadores y asesinos de su madre, pero luego sigue con el asesinato de los representantes del poder ocupante y termina con cualquier otomano que se pusiera a

mano. Otras manos, esta vez anónimas, comenzarán a asesinar por todo el país usando cuernos de cabra. Entenderán que la moraleja para el “cuadrante superior izquierdo” era clara. Cuando un poder invasor y extranjero ocupa tras una guerra tu país, trata de imponer su cultura, persigue a los partidos políticos existentes, obliga a determinadas mujeres a ingerir aceite de ricino, a algunas las violan, a otras las matan, las maledicencias contra los oportunistas que se alían con el ocupante, la paliza al maestro falangista, la colocación de tachuelas en una carretera por donde pasa la Vuelta ciclista, las pintadas acusando de “txibato” a tal o cual, son peldaño tras peldaño la escalera que conduce a la venganza popular, al crimen. Y no olviden que el crimen es el vértice de una pirámide cuya base es un enorme yo, la soberbia de que puedo matar porque yo o mis ideas son superiores.

Es el quid de la cuestión. *Hor dago koska!* ¿Cómo se puede alegar que unos guardias civiles fueron imprudentes por alternar en territorio hostil? ¿Dónde queda la libertad de deambulación? Se nos dice que hay que dar tiempo al tiempo, que la justicia ordinaria aclarará lo sucedido y que la Policía Foral está en ello. Por supuesto, pero ¿se haría igual petición de tiempo si un grupo de guardias recién salidos del cuartel en tropel hubieran apaleado a unos vecinos de Altsasu? Claro que no. Se habría solicitado una urgente e inmediata depuración de los guardias, con retirada inmediata de su armamento. Ajenos a toda coherencia lógica y argumentativa, se nos dice que los testigos que puedan aportar algo serán circunstanciales, pues la experiencia prueba que estos testigos son curiosos que se acercan al lugar de los hechos al calor de la trifulca, pero cuando ya han finalizado o está a punto de hacerlo. Se nos dice que los trabajadores del bar Koxka serán testigos parciales, pues no vieron todo lo sucedido o no querrán contar todo lo que vieron. En resumen, *Hor dago koska!* Se trata de minimizar lo sucedido tratando de arrebatarse la condición de ciudadano a unos guardias a los que se compadece por lo que les ha sucedido mientras se arremete contra los medios de comunicación cavernícolas y partidos políticos afines que utilizan políticamente un vulgar altercado nocturno-tabernario. Pero las consecuencias del altercado son innegablemente políticas. Porque los hechos son elocuentes: ningún herido entre los paisanos por cuatro lesionados entre los atacados. Porque los guardias no hicieron uso de armas defensivas, disparando al aire, por ejemplo, y si no las portaban tanto más a su favor. Porque la superioridad numérica de los atacantes, entre doce y treinta personas según versiones, es irrevocable. Porque los argumentos de quienes minimizan los hechos se refieren a lo sucedido después de los mismos: que si ocupación del pueblo por jeeps de la Guardia Civil, que si el instituto armado pretende hacerse con la investigación del caso arrebatándose a la Policía Foral, que si la Audiencia Nacional acabará solicitando la competencia en perjuicio del juez instructor de Iruñea... Todo un ponerse la venda antes de tener la herida. Lo evidente es que ya hay consecuencias políticas. Inmediatas, porque un mismo Gobierno de Navarra sostiene dos posiciones distintas dentro: Bildu y los demás. Mediatas, porque de no comprometernos firmemente en la defensa de todos los ciudadanos, guardias civiles y familiares entre ellos, el gobierno de la horda acabará imponiéndose. El camino hacia tal desatino comienza por el uso de un lenguaje político diseñado para hacer que las mentiras suenen veraces y el asesinato respetable y para dar apariencia de solidez al simple viento. No hay ninguna ley histórica que afirme o pruebe que los modales o la justicia saldrán victoriosos si no se comienza por aclarar que cualquier persona puede estar en cualquier lugar sin que cualquiera le agreda cualquiera que sea la causa.

Los franceses llaman “*nostalgie de la boue*” (nostalgia del barro) a las evocaciones de tiempos pasados, turbios y calamitosos. Cuando planea sobre una agresión como la ocurrida en el bar Koxka de Altsasu, la evocación de la justicia popular, del uso del cuerno de cabra aunque sea en forma de puños, se nos plantea en toda su crudeza el dilema de si están definitivamente superados esos tiempos. *Hor dago koska!*

